

notas sobre los problemas de organización política de la unidad popular chilena y la lucha de clases

ERNESTO CÁCERES

La crítica a un movimiento de lucha marxista derrotado es dolorosa y se puede prestar a interpretaciones fáciles y oportunistas. Pero es necesario hacerla para aprender de sus errores y aciertos. Recordemos que en *El 18 Brumario*, Marx critica despiadadamente la política del proletariado y sus alianzas de clase con la pequeña burguesía. Estas notas son bastante más modestas y superficiales, y la discusión colectiva fácilmente las superará.

Fue Rosa Luxemburgo la que afirmó, siguiendo a Marx, que los problemas de la organización partidaria no pueden ser ajenos a la situación socioeconómica que los rodea. En consecuencia, describiremos algunos problemas de la conducción política de la Unidad Popular Chilena (UP) a la luz de las fuerzas sociales y económicas en pugna, las cuales culminaron en el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.

La Unidad Popular es una coalición de partidos políticos de diversa composición numérica y social, creada en los primeros meses del año 70, en vísperas de las elecciones presidenciales de ese año. Su organización interna y su programa de gobierno (publicado en septiembre de 1970) giraron alrededor de los planteamientos de los dos partidos más numerosos y más antiguos de la unidad, el partido comunista y el socialista. Los otros partidos integrantes eran, por su origen, movimientos de la pequeña burguesía intelec-

tual, escindidos de otros dos partidos políticos:¹ la democracia cristiana, nacida a su vez del partido conservador (que posteriormente pasaría a ser el partido nacional), y que actualmente ha vuelto a su seno materno, y del partido radical, fundado desde el siglo XIX.

Estos movimientos políticos carecían de bases populares amplias al momento de producirse la coalición popular de 1970, de suerte que las labores principales de estos últimos movimientos se encaminaron a llenar los puestos técnicos y burocráticos del gobierno popular —pues contaban con un brillante equipo de técnicos— y a fortalecer sus bases populares. Ellos sabían que el peso político numérico pesaría en la toma de decisiones de la unidad popular. El mismo programa de la unidad popular reconocía esta posibilidad, pues daba principio diciendo: “Los partidos y movimientos que integran el Comité Coordinador de la Unidad Popular, sin perjuicio de mantener cada cual su propia filosofía y sus propios perfiles políticos...”, es decir, que desde su inicio la Unidad Popular se en-

¹ Se trata del partido radical, que representaba sectores medios y elementos empresariales y agrícolas; el partido social demócrata, de pequeños productores muy localizados regionalmente; el movimiento de acción popular unitaria, de intelectuales de clase media, y sectores obreros y campesinos (escisión de la democracia cristiana), y la acción popular independiente, que representaba a sectores medios.

frentó a una estructura de decisiones internas democrática, pero no centralizada. Se celebraron larguísimas sesiones para tomar decisiones, en las que lógicamente participaban más los representantes de la pequeña burguesía intelectual que los compañeros obreros, marginales de la ciudad o campesinos. Algunas de estas discusiones larguísimas merecen el nombre de bizantinas, como la elección de un nombre adecuado a los centros de reforma agraria, demorada por meses en la Comisión Nacional Agraria, que era la organización sectorial del Comité Coordinador Nacional. No cabe duda que la necesidad de tomar decisiones graves en momentos críticos reforzó la ingenuidad por una mayor disciplina, pero estos avances no fueron suficientes para coordinar sistemáticamente en una sola unidad de mando: a) las decisiones tomadas por las organizaciones del trabajo (como la Central Única de Trabajadores, los comités de pobladores pobres, los sindicatos de empresa, etcétera), sobre las cuales pesaba el aludido trabajo político de agitación y proselitismo partidario; b) las decisiones tomadas en el seno de los partidos y movimientos, que no siempre fueron acordes con las tomadas por el Comité Coordinador Nacional o por los comités nacionales de cada sector de la economía, y c) la mezcla de las decisiones de los dos puntos, a) y b) anteriores.

Es posible ver en este tipo de federalismo imperante en el seno de la Unidad Popular, que llegó en ocasiones a convertirse en franco sectarismo, un resabio pequeñoburgués, una lucha contra del centralismo burgués burocrático, en vez de luchar por el centralismo consciente, democrático y proletario. Lenin ha comentado estos puntos de vista divergentes en *El Estado y la Revolución*, al polemizar con Bernstein.

Es necesario tomar en cuenta otros dos factores que incidieron igualmente sobre la organización política de la Unidad Popular. Nos referimos a dos lastres culturales que pesaron en todo el periodo sobre la clase obrera chilena.

Su acentuada y vieja lucha por reivindicaciones salariales. Este tipo de lucha fue fruto de largos años en contra del uso burgués de la "socialización de las pérdidas derivadas de la dependencia exterior", como diría Furtado, como fue el caso de la inflación monetaria.

Chile llegó a tener una participación del trabajo, en la distribución funcional del ingreso, bastante más alta que muchos otros países de América Latina, in-

cluyendo a México, claro está. La preocupación por los reportes gubernamentales acerca del alza del costo de la vida, que allá se publicaban mes con mes, se convirtió para muchos obreros en el eje de sus discusiones gremiales.

Pensamos que una capa del proletariado urbano o industrial, la mejor remunerada y mejor organizada (del cobre y del acero, por ejemplo), había hecho conquistas económicas profesionales importantes, las había defendido frente a otros gobiernos anteriores al del doctor Allende, y manifestaba sus temores por perderlas. Una baja en su capacidad de compra era para ellos un descenso en su posición económica y social. Es obvio que este temor lo compartían más acentuadamente los sectores más calificados del proletariado, lo mismo que los profesionales independientes y los pequeñoburgueses. Los partidos comunista y socialista mismos habían fincado la defensa del proletariado desde el parlamento, ya desde el gobierno demócrata cristiano, en las reivindicaciones salariales que perseguían a la galopante inflación. Para ellos era imposible cambiar de orientación por el hecho de haber llegado al gobierno por la vía electoral. La democracia cristiana, desde la oposición, sabría desde 1970 cómo atacar a la Unidad Popular, devolviéndole su táctica.²

Un segundo lastre de la clase obrera, emparentado con el primero, consistió en la aceptación, casi introyección, de las ansias de ascenso social. Es sabido que la estratificación social mantiene una relativa autonomía de la estructura de clases, estructura de clases que la determina. La burguesía en el poder constantemente se esfuerza por legitimar las clases y los estratos, sacralizando las jerarquías preferentemente, puesto que en su ideología niega la existencia de clases antagonicas. La propaganda comercial, la escuela, las modas, la lucha político-partidaria, las leyes y tantas otras instituciones burguesas, bombardean al obrero

² Al mes de tomar posesión el doctor Allende, la democracia cristiana alentó varias invasiones de terrenos urbanos baldíos y de casas habitación, por terminarse. Es significativo que en muchas votaciones obreras se diera la siguiente dualidad: a nivel gremial, dentro de la empresa, los obreros votaban por los líderes demócratacristianos, que continuarían la lucha reivindicativa salarial; a nivel nacional o municipal, por la Unidad Popular, la cual les garantizaba el control político-económico sobre la propiedad de los medios de producción, la defensa del área social de la economía, por ejemplo. En consecuencia, la Central Única de Trabajadores llegó a tener, en 1971, mucha influencia de la democracia cristiana. Su líder máximo, Figueroa, estuvo a punto de perder el cargo de secretario general.

insistentemente para que acepte las jerarquías sociales, basadas en valores burgueses. En Chile este fenómeno es particularmente notorio. Al nivel más simple de la conciencia obrera podía darse entonces una contradicción entre el rechazo a la burguesía como clase con una aceptación de jerarquías esencialmente burguesas, relacionadas con el consumo.

La oposición burguesa fue sistemática e implacable con el gobierno de la Unidad Popular, llegando a tomar medidas aparentemente ridículas para el espectador extranjero. Una de las principales medidas de la oposición fue el acaparamiento en la distribución de productos de consumo productivo e improductivo, así como de divisas extranjeras. El proletariado no tenía posibilidad de participar en el mercado negro de divisas, pero sí en el de productos. En el mes de noviembre de 1971, el doctor Allende trasladó su gobierno, pasajeramente, a una empresa textil estatizada debido a las múltiples quejas que vertía la prensa sobre bajas en la productividad obrera. Nos tocó ver llorar al doctor Allende ante la televisión nacional, pues públicamente reconoció la indisciplina de los obreros en el trabajo, las bajas en la productividad y la participación de los obreros en el mercado negro de telas.

Durante la visita que Fidel Castro hizo a Chile también amonestó a los obreros del cobre por no colaborar con el gobierno. Les dijo entonces que las empresas estatizadas no eran propiedad privada de los trabajadores, sino de todo el pueblo chileno.

Una parte del aparato distributivo de comestibles se organizó en las ciudades, a escala más simple, a través de comités de vecinos llamados Juntas de Abastecimiento del Pueblo (JAP). Fueron frecuentes las quejas sobre la distribución que benefició más a los militantes de izquierda que a los no militantes en los barrios donde residía la pequeña y la gran burguesía, no así en los barrios obreros. En estos barrios obreros la distribución, por medio de los canales de la Unidad Popular, trabajó eficientemente, aun en los momentos más críticos. A últimas fechas el racionamiento de comestibles había tomado la forma de canastas familiares de consumo, las cuales mitigaron, en cierto sentido, la terrible influencia de la falta de transportes y del mercado negro.

Resultado de esta estructura partidaria de decisiones democrático-liberal, así como de los lastres que pesaban sobre la clase obrera, fue la falta de unidad de mando de la Unidad Popular. Para nosotros esta fal-

ta de unidad de mando tuvo su origen en el hecho de que la Unidad Popular era en esencia una alianza de clases.

No creemos equivocarnos si señalamos que la vía chilena al socialismo fue un proceso en que la presión del pueblo se manifestó espontáneamente, incluso por fuera del mando coordinado de las direcciones nacionales. Formulamos esta frase en pasado, porque creemos que en un futuro próximo la vía chilena al socialismo en Chile seguirá los mismos derroteros de las guerras proletarias de liberación nacional.

Al tomarse decisiones en el Comité Coordinador con un criterio partidista o aun faccional dentro de un partido, salvaguardando las iniciativas por mantener la unidad de gobierno, muchas medidas económicas que afectaron la marcha de organismos estatizados fueron tomadas con los mismos criterios político partidarios. Estas medidas rebasaron los criterios técnicos, las más de las veces más conservadores, pero que respetaban la existencia de medios y metas económicas más precisas.

En los últimos meses del gobierno de la Unidad Popular varias decisiones, que afectaron directamente a la economía planificada, fueron tomadas por simple espontaneísmo imitador. En la industria, por ejemplo, los planes de política económica trataron de destruir los grandes monopolios, generalmente de propiedad extranjera, y atraerse a la burguesía pequeña de origen nacional. Originalmente se seleccionaron 91 grandes empresas que pasaron al área social, y que en términos generales trabajaron con mayor eficacia que cuando eran privadas (salvando los lastres ideológicos de la clase obrera). Pues bien, ante los embates de la burguesía y las crisis políticas subsecuentes, los obreros multiplicaban las tomas de empresas, aun cuando no fueran estratégicas. Sabemos de la toma de una fábrica de embutidos de carne. El equipo técnico del gobierno lógicamente no podía distribuir sus escasos recursos entre las nuevas fábricas de manera racional. En el caso de la fábrica de embutidos, ésta cerró y disminuyó la producción de sus productos. El partido comunista influyó mucho para devolver varias de las empresas tomadas que no fueran estratégicas, con la esperanza de que el ritmo de reinversión privada no descendiera. Como veremos más adelante, llegó un momento en que esta política perdió su efectividad, pues en el fondo la dinámica del proceso estaba en manos de la burguesía y no del proletariado.

En el campo probablemente sucedió un fenómeno parecido. La reforma agraria de la Unidad Popular fue la más drástica y veloz del mundo capitalista. En muy poco tiempo, en Chile había desaparecido la propiedad privada en el campo, en los predios mayores a las 80 hectáreas de riego básico, o sus equivalentes en otras zonas del país. Ya entonces la escasez de recursos crediticios había hecho su aparición, a pesar de que el gobierno había señalado como prioritaria la producción de alimentos. Según la ley de reforma agraria, con la que operó la Unidad Popular y que había heredado del gobierno antecesor, el capital constante de la explotación, salvo la tierra, quedó en manos del antiguo terrateniente. El gobierno tuvo que tolerar que campesinos beneficiarios de la reforma agraria arrendaran tierras a los antiguos dueños, pues carecían de capital circulante y de insumos suficientes. No obstante, las expropiaciones continuaron por abajo del límite de las 80 hectáreas de riego básico y afectaron hasta las viñas de exportación. En términos generales, se produjo un descenso considerable de la producción agrícola durante la última cosecha, a pesar de que el área de reforma agraria había producido más allá de las metas técnicas trazadas. La burguesía agraria no cooperó con la Unidad Popular, por temor a la expropiación. En este sector, como en el industrial, la presión popular rebasó en muchos casos los planes económicos originales, entrando en contradicción con la burguesía pequeña, con cuya alianza había contado originalmente la Unidad Popular.

En efecto, al estatizar los grandes monopolios, se ponía un freno al proceso de centralización del capital. Si se redistribuía la renta, el consumo popular aumentaría motivando a la burguesía pequeña a reinvertir. Se reducía de esta manera una proporción importante de la capacidad instalada no utilizada existente en las fábricas. La tesis fue correcta, puesto que durante el primer año de gobierno, la producción industrial aumentó. Pero no continuó el ritmo de reinversión productiva. En el campo una terrible sequía trastornó este esquema.

Es posible que en términos políticos la redistribución del ingreso haya provocado un crecimiento muy acelerado de las aspiraciones de consumo, así como de las tendencias pequeño-burguesas hacia la movilidad ascendente de tipo individual. Así, el apoyo que recibió la Unidad Popular en las elecciones municipales de 1971 puede ser interpretado no únicamente como el apoyo al socialismo. En aquel entonces, los votos a

favor de la Unidad Popular llegaron casi al 50% del total de electores en todo el país.

Sobre las posibilidades de reinversión capitalista influyó además muy negativamente el imperialismo: mantuvo artificialmente bajo el precio del cobre en el mercado internacional; lanzó sobre él parte de sus reservas; el precio alcanzó una cifra tan baja que hacía más de treinta años que no se recordaba algo semejante; embargó embarques de cobre en varios países europeos, con lo que provocó la incertidumbre y la desconfianza entre las compañías compradoras de cobre; bloqueó la venta de maquinaria y de insumos agrícolas e industriales, incluido el petróleo; los respectivos precios subieron vertiginosamente; bloqueó créditos de agencias internacionales; negó la venta de productos agrícolas de primera necesidad; trató de asesinar al doctor Allende e intentó impedir que tomara posesión como presidente electo; asesinó al general Schneider, por medio de sus vicarios; inundó cuando quiso el país con dólares que fueron utilizados internamente con fines políticos.

La capacidad financiera del gobierno se vio debilitada. Con estos antecedentes es posible explicar el fracaso de la consolidación de una alianza entre la Unidad Popular y la burguesía pequeña, y de esta manera aumentar la producción de bienes materiales en Chile.

Todos estos procesos se debatieron públicamente en Chile en el seno de todas las clases sociales, usando y abusando de la libertad de expresión. Las campañas ideológicas de oposición también se enfocaron para destruir la posibilidad de una alianza de clases. Al no contarse con esta alianza, la polarización política llegó a su extremo: la violencia blanca y la contraviolencia revolucionaria. El clero y el ejército aparecían entonces como los mediadores del conflicto.

La burguesía sabía bien cuándo y dónde debía atacar. Las estaciones del año son muy marcadas en ese país austral, de manera que en cada invierno, y desde hace muchos años, se produce cierta escasez de alimentos y combustibles. El primer paro de dueños de camiones de carga se produjo en el invierno de 1972. El segundo, al año siguiente, pero con más virulencia y terrorismo abierto.

Nosotros llegamos a escuchar varias veces que el invierno de 1973 sería decisivo para el triunfo revolucionario o contrarrevolucionario. Sin embargo, creemos que el detonador del golpe de Estado no fue tanto la escasez de alimentos o de productos industriales.

Veremos más adelante que el gobierno de la Unidad Popular tenía algunas alternativas de solución económica al respecto.

La organización popular en la distribución de alimentos, a través de las Juntas de Abastecimiento del Pueblo, ganaba adeptos, incluso, ideológicamente contrarios. A muchos sectores les era prohibitivo comprar en el mercado negro. Un pollo llegó a costar el equivalente de un sueldo mínimo mensual. El dólar norteamericano se cotizó en la bolsa negra en cuatro millones de pesos, cuatro mil escudos. El salario mínimo vital para la provincia de Santiago estaba, a principios del invierno de este año, en 2 500 escudos.

Estuvo a punto de aprobarse un acuerdo con la burguesía agraria para acelerar la producción, aumentando la seguridad en la tenencia. Se dibujaba en el horizonte la consolidación tan buscada de la alianza de clase con la burguesía pequeña y con algunas capas proletarizadas de la pequeña burguesía.

El precio del cobre en el mercado internacional subió casi un 100%, en el momento en que los Estados Unidos redujeron el *dumping*. El gobierno había comenzado a recibir más divisas con las cuales había comprado alimentos en el exterior. Por falta de bodegas de almacenamiento, y sobre todo por el sabotaje, los alimentos no pudieron llegar a las ciudades consumidoras.

Las contrarrevoluciones civil y militar arreciaron precisamente cuando era mayor la expectativa de un repunte de la situación económica del país y cuando se vislumbraba la consolidación de la alianza de clases con la burguesía pequeña y con la pequeña burguesía. El proletariado triunfaría usando los límites y las reglas del juego de la democracia burguesa. Ésta no podía tolerarlo. Había que sacrificar sus propias reglas.

La manifestación popular que celebró el tercer aniversario del gobierno fue gigantesca y muy combativa. Allende tenía preparada la celebración de un plebiscito para sustituir el Parlamento por una asamblea popular. Entonces la mayoría parlamentaria de oposición declaró ilegal al gobierno, traicionando sus principios y su propia vida. El grupo fascista Patria y Libertad decidió ingresar a la clandestinidad, una vez deportadas algunas de sus cabecillas, tras el asesinato del edecán naval del presidente Allende. Misteriosamente se provocaron atentados dinamiteros que usaron explosivos, propiedad exclusiva del ejército. Volaron instalaciones eléctricas, líneas férreas y puentes que comunicaban los puertos y las ciudades. El pánico se

apoderó de la población. Continuó la huelga de los dueños de camiones, cuyos lílares contaban con sumas inagotables de dólares. Pararon distintos y numerosos gremios de la pequeña burguesía, unos porque veían amenazada su posición social, otros porque se aceleraba su proceso de proletarización. Los parlamentarios de derecha se hacían eco del clamor burgués por la dimisión del doctor Allende.

El 29 de junio de 1973 sacudió a la sociedad chilena como un terremoto. Ese día un grupo de blindados quiso dar un golpe de Estado sin lograrlo. El ejército se mantuvo leal al gobierno. La izquierda ensalzó la conducta de los militares constitucionalistas. Los observadores más superficiales creyeron ver en el fracaso militar un signo de la debilidad de la burguesía. Pero para los observadores más atentos, el fracaso militar del 29 de junio fue sólo un utilísimo ensayo con todo su realismo. La inteligencia militar, a cargo de la fuerza aérea, registró la reacción de los militares de alto y mediano rango que simpatizaban con el gobierno. Con posterioridad podrían aislarlos de la tropa o bien aniquilarlos. El 29 de junio de 1973 aceleró los acontecimientos.

La participación obrera rebasó definitivamente los marcos de mando de la Unidad Popular. Arreció la combatividad de las manifestaciones en las calles. Los obreros pedían a Allende mano dura contra el fascismo, el pueblo pedía armas. Los partidos mejor organizados principiaron a organizarse para la clandestinidad, pues la violencia blanca se sentía llegar. Los chilenos de izquierda más reacios se convencieron de que era posible un golpe de Estado. El presidente Allende dio varias respuestas de tipo político. Manejó la ofensiva diplomática interna con su admirable "muñequero", propició el diálogo con la democracia cristiana. También ejerció cierta represión contra el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), que no pertenecía formalmente a la Unidad Popular, y que era partidario de la contraviolencia revolucionaria organizada políticamente. Uno de sus lemas era "patria, conciencia y fusil". Este lema ilustra bien los diversos frentes de lucha con que trabajaba.

Mientras la burguesía conspiraba abiertamente en todos los sitios, agredía al ejército y a la iglesia, al mismo tiempo que se armaba y organizaba militarmente, el presidente Allende optaba por la lucha en dos frentes principales. El de los arreglos y las juntas de alto nivel, que parecía ser muy efectivo, y la batalla por la producción, que como vimos también tenía

buenos visos de éxito. El presidente Allende sabía que la alianza partidaria de la democracia cristiana y el partido nacional escindiría necesariamente a aquélla. Tomic, candidato presidencial en 1970, y el ala izquierda de la democracia cristiana plantearon efectivamente contradicciones con el ala derecha de Frei, a la sazón presidente del Parlamento. El diálogo iniciado entre Allende y la democracia cristiana, así como la línea política del partido comunista para consolidar lo avanzado y no profundizar más el proceso, partían de una tesis común. La constitucionalidad chilena sería resguardada por las fuerzas armadas, no tanto debido a la posibilidad de que permanecieran al margen de la lucha de clases, sino a que la participación política y militar del ejército también se dividiría en las posiciones burguesa o proletaria. El cálculo de una gran masacre que produciría la guerra civil, mantenía un frágil equilibrio y alimentaba levemente el combustible que mantenía prendida la llama de la constitucionalidad. El otro frente era la batalla por la producción. Su aumento era esencial para aliviar los sacrificios que agobiaban, sobre todo, a la pequeña burguesía y a los obreros industriales. Su aumento disiparía las dudas acerca de las contradicciones del seno de la propia Unidad Popular. Él ganaría nuevas clases en la alianza. Las provocaciones y los atentados terroristas en ese momento, no obstante, frenaban la lucha por el aumento de la producción más bien de manera indirecta que directa. La Unidad Popular llamaba a concentraciones públicas cada vez que estallaban las provocaciones y los atentados para protestar y mostrar en la calle la cohesión del proletariado. La demostración de fuerzas restaba horas de trabajo y reducía la producción, a pesar de los heroicos esfuerzos de los obreros y la generosidad de muchos funcionarios. Una vez que las provocaciones y los atentados se intensificaron, el panorama y sus efectos se modificaron totalmente. Incidieron directamente en el descenso de la producción, encajonaron a la Unidad Popular contra el muro de la constitucionalidad. Rechazar a la contrarrevolución significaba tener que saltar el muro de la constitucionalidad. El presidente Allende y el partido comunista trataron de reafirmar la unidad interna de mando. El ministro, Clodomiro Almeida, fue encargado de trabajar en pos de la creación de un solo partido centralizado; pues las dos posiciones políticas, la constitucionalista y la de la autodefensa obrera, se habían polarizado.

En realidad la vía chilena al socialismo había sido cercada estratégicamente desde antes del golpe de Estado. Ésta es la razón por la cual el proletariado y la burguesía sabían de la inminencia del golpe de Estado semanas antes del 11 de septiembre. El ejército también estaba preparado para participar sin escindirse.

La Unidad Popular llegó a contar con cinco de los veintisiete generales existentes en las fuerzas armadas. Algunos de ellos eran masones, como lo eran Allende y el general Prats. Su colaboración activa con el gobierno se hizo necesaria y Allende los llamó, pero la ofensiva burguesa los hizo renunciar uno tras otro. Con su renuncia también renunciaban sus principales colaboradores. A otros militares, simpatizantes de la Unidad Popular, el propio comando militar de oposición les pidió su renuncia. La oposición castrense y su servicio de inteligencia, según declaraciones del general del aire Gustavo Leigh, había trabajado desde principios de 1973. Se politizó a muchos militares de rango medio, se aisló a los militares constitucionalistas. El ensayo de golpe de Estado del 29 de junio contribuyó a esclarecer las posiciones políticas de la oficialidad. Con estos antecedentes se explica el engaño que sufrió la Unidad Popular, al creer que la participación política del ejército lo escindiría y llevaría al país a la guerra civil inmediata. Finalmente operaron medidas represivas en contra de los propios militares, que llegaron a fusilamientos entre los militares.

Al ser acorralada la Unidad Popular por los ataques de la burguesía, los intentos conciliatorios del presidente tuvieron poco efecto político. De poco sirvió que hubieran tres cambios de ministerios o que se llamara a colaborar a los militares en el gobierno en los últimos meses. Las tomas de empresas, por parte de los obreros, y los llamamientos a la autodefensa obrera de tipo paramilitar, por parte de la izquierda más consciente, fueron señalados por la reacción como indicios de una separación de la constitucionalidad. El ejército practicó allanamientos de empresas en busca de armas, aparentemente sin encontrarlas. Pero por la violencia usada y el despliegue de fuerzas levantado, no dejaba duda de que se trataba de provocar al proletariado y aumentar su angustia. El gobierno dejaba día a día de ser gobierno.

Este proceso irreversible constituye el indicio más claro del fracaso del proletariado chileno por buscar el poder político a través de la ocupación del gobierno, por medio de las reglas del juego burguesas. El mismo presidente Allende recordó en esos días aquella frase

de Marx, de que cuando la burguesía se ve acorralada, abandona las reglas del juego democrático, impuestas por ella al proletariado, cuando estaba en ascenso.

A este proceso, del que no se podía volver atrás, se añade la agudización de las contradicciones en el seno de la Unidad Popular. Éstas tuvieron su origen en la situación de clase.

Hemos aclarado que desde este punto de vista, la Unidad Popular era una alianza de clases; pero la agudización de estas contradicciones dependió de la reacción burguesa. No hay duda de que buena parte de la acción política espontánea de los obreros o de los campesinos por apoderarse físicamente de empresas privadas, sin poder sostener su producción, tuvo su origen en las crisis políticas propiciadas por la burguesía. Estas acciones eran fruto y efecto también de la polarización de dos políticas irreconciliables dentro de la Unidad Popular, las que se sintetizan en las dos consignas siguientes: "Consolidar lo avanzado", o "Avanzar consolidando". Esta polarización de posiciones políticas provocó incluso que durante el mes de agosto de 1973, el presidente Allende no pudiera dirigirles la palabra a los obreros de izquierda, los cuales habían rebasado ideológicamente al gobierno. El partido socialista llegó a desautorizar públicamente al presidente por decisiones tomadas. El Movimiento de Acción Popular Unitaria se escindió en dos facciones. Con retraso evidente, respecto a la madurez de las

contradicciones de clases, la izquierda comenzó a infiltrarse en la marina. Sus autores fueron acusados ante la justicia militar, la cual reclamó su desafuero y su captura. La Unidad Popular los defendió, con lo que se provocó un enfrentamiento con las fuerzas armadas. Ésta fue la gota de agua que derramó el vaso.

Las contradicciones en el seno de la organización de los partidos de la Unidad Popular, originadas en la alianza de clases, se agudizaron por la violencia de la contrarrevolución, una vez que se vislumbraba la posibilidad de que se recuperara la economía, una vez que parecían claras las posibilidades de escisión en las filas de la oposición, y que parecía cristalizar la alianza entre el proletariado en el gobierno y la burguesía pequeña nacional. Sin embargo, el sabotaje burgués e imperialista había sido estratégico, de manera que la tendencia socialista y militarista más radicales no pudieron conciliarse con la tendencia reformista y constitucionalista de los comunistas. La falta de una unidad de mando en la Unidad Popular provocó de hecho que las masas rebasaran los planes políticos y económicos. Este hecho en sí, y en abstracto, significaría hacer volver a la realidad histórica a una organización anquilosada; pero en la coyuntura chilena significaba alentar más las aspiraciones populares, no consolidar lo conquistado, radicalizar más la oposición burguesa y abrir las puertas al golpismo militar, sin que el proletariado hubiera estado preparado militarmente y sin que hubiera conquistado el dominio político.